

# EL POETA COMO ENTERRADOR DE TESOROS

Alma Karla Sandoval

## Etopeya

No, él no es el escriba que manda en las palabras, su nombre no fue borrado de la piedra, y, sin embargo, huele y escucha las mugres del mundo y se niega a llorar. A él, las ganas de besar no se las quita ningún campeón de ninguna porquería porque canta de pie en medio de la niebla, porque contempla los pedazos fríos de este mundo y la basura parlante de los callejones como un gorrión que vuela detrás de los tangos que difumina el siglo. Él no quiso ser un poeta oficial y sus versos superan en muchas ocasiones a los de ciertos vates con grandes premios nórdicos. Su trabajo posee una dimensión imaginativa de absoluta consistencia barroca sin negar la pureza de sangre que otorga toda filiación con la vanguardia. Él, simplemente, sabe que la palabra patria es un compuesto químico, va mezclándose en un laboratorio, machacándose, disolviéndose; cambiando de color según las leyes de nuevos elementos. Él, entonces, es un alquimista de ciertas circunstancias, como el exilio. Déjese acá esta etopeya a riesgo de resultar infinita.

## Topografías afectivas globalmente inciertas

Se ha dicho que Saúl Ibargoyen es un poeta raro, que se ubica en el panorama de la literatura contemporánea uruguaya en la generación de la crisis, la generación de los sesenta, junto a Jorge Medina Vidal, Washington Benavides, Nancy Bacelo en poesía, pero que no escribe fácil, que su potencia verbal, sus cascadas de imágenes sinestésicas, que sus constantes y largas preguntas retóricas desconciertan, que su aguda crítica social produce vértigo a los lectores. Pero también se ha señalado, por ejemplo:

Hay en su poesía una intención mordaz por interrelacionar ideas que se critiquen recíprocamente y terminen produciendo una poética de la inconformidad, que sus versos, llenos de preguntas más que de respuestas, se mueven de forma entrópica para reconstruir un mundo propio como testimonio de un viajador insaciable que no sólo se conformó con la geografía, sino que decidió trasladarse de tiempo y construir el suyo fuera del reloj occidental.<sup>1</sup>

<sup>1</sup> “El escriba de pie y otros poemas de Saúl Ibargoyen (Regia Cartonera)”, *Exhumando Letras, Blog de Nérvinson Machado* <http://exhumandoletras.blogspot.mx/2013/04/el-escriba-de-pie-y-otros-poemas-de.html>, consultado el 8 de abril de 2014.

Como sea, estamos frente a la obra de uno de los poetas latinoamericanos más importantes debido a la ruptura de Ibargoyen con los procedimientos estilísticos que su *natus* le imponía. Ante un proceder poético más parco, él responde con la exuberancia metafórica de un médium que consigna los detalles menos luminosos del mundo, pero no por ello invisibles. La suya es la actitud del vidente, del sabio, del nigromante que inicia a otros en el oficio de la contemplación a través de las lentes de una verdad rizomática: que todo está en todas las cosas como aseguraron los antiguos, *porque tal vez todo debe seguir entre lejanos relámpagos o pequeñas catástrofes*, como él mismo revela.

Pequeñas catástrofes que implotan en cada uno de sus nueve últimos libros. Pareciera que desde *El escriba de pie*, el repertorio universal del autor se ensanchara aún más tomando el cauce definitivo de su propuesta. Como si a partir de esta declaratoria: no cerrar los ojos, no llorarlos frente al error o a la ruina, terminara de consolidarse, desde la periferia, el centro de una obra que ha aportado sus disensos con la tradición y, paradójicamente, sus encuentros, como en el caso del último libro, *Maldita mía*, donde “El tango del viudo” de Pablo Neruda detona esos veintinueves textos apasionados.

Es en el final del segundo poema de ese conjunto, que se desvela una coordenada clave de los desplazamientos interiores del escriba: *...en un viaje reciente/ a un país de vientos y personas lejanas pude pasar en libertad las aduanas rigurosas...* El yo poético dice “país de vientos” del mismo modo en que enuncia un *Perro de soledad* influido tal vez por uno de sus maestros, el Conde de Lautréamont, pseudónimo de Isidore Ducasse, a quien, debe decirse, está dedicado el primer poema de *Tango negro*, monumental pieza poética que el tiempo se encargará de cederle un justo lugar dentro del horizonte poético iberoamericano. Esto, porque la obra de Saúl Ibargoyen se torna inclasificable desde la primera etapa de su producción. Recordemos que tampoco es un poeta social propiamente dicho, aunque señale las miserias del consumo, los peligros de la posmodernidad tardía que nos circunda; no lo es puramente barroco aún cuando sus contrastes, contrapuntos, pliegues y repliegues lingüísticos sorprendan y no lo es surrealista a la manera de Breton ni a la de Vicente Aleixandre aunque abrevie de ellos. Lo que

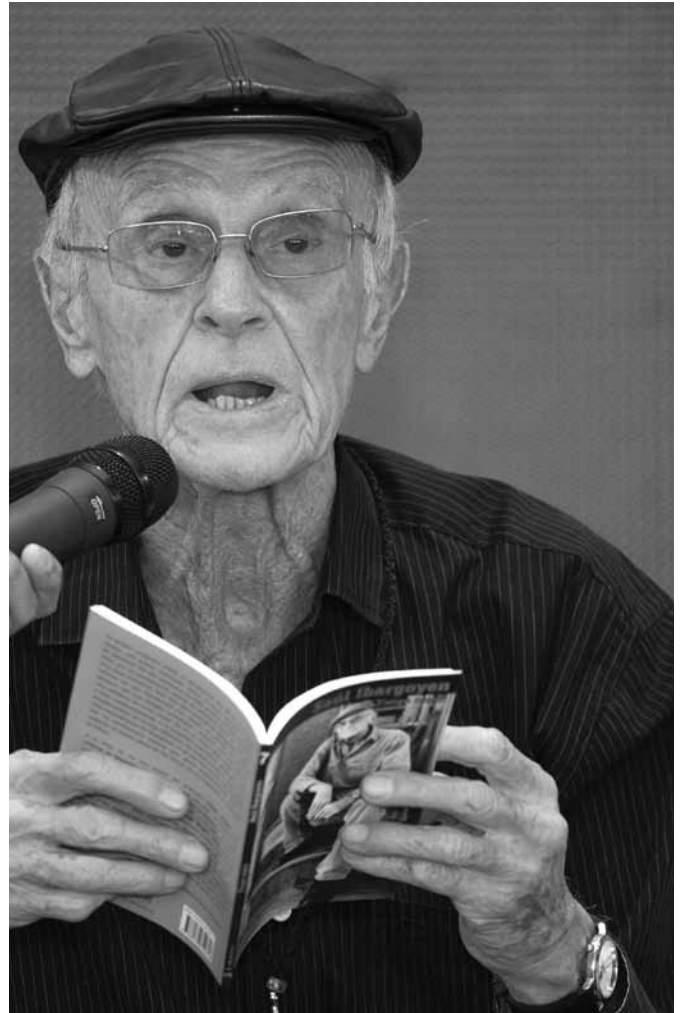
## Estamos frente a la obra de uno de los poetas latinoamericanos más importantes

sí puede inferirse con seguridad es que se trata de una poesía dialógica, es decir, incluyente.

A lo largo de toda su obra, el autor de *Poeta en México City* traza conversaciones reales, imaginarias o trenzadas hábilmente por una voz que llama a otro que puede ser una libélula, un bandoneón, un perro, un bote de basura, una llaga, un fluido, una neblina, un huracán, un terremoto, una mujer triste, un ángel orinando en la esquina de tu habitación, una niña en peligro, una musa regalada, un hombre seco, un amigo que se aleja, una estudiante que parte en diciembre, otra en el patio sucio, pero con árboles y frondas, que es la vida. Hay otro siempre en los poemas de Ibarгойen y no suele ser un otro u otra con privilegios, pero al mismo tiempo lo son a raíz de su existencia, de su milagroso estar en el mundo que la palabra otorga. De ese modo va fincándose una polifonía irrenunciable en los poemas del escriba hasta convertirse en música por debajo de las letras, en un ritmo más allá de las anáforas. Se trata de una cadencia que responde a cada lugar de su afecto, no sólo de su respiración, sino de los lugares que la voz concita, recorre, de las escenas de ciudad, de cuartos rotos, de jardines avasallados por la mancha urbana, de promesas incumplidas, de elegiacos momentos que salva esta voz para fijar aquellos que somos, memoria, y para construir, temerariamente, un museo de la experiencia en un tiempo, diría Bauman, inaprensible, líquido.

### Tango finisecular, cambalaches honestos

Aquella música de los poemas de Ibarгойen también obedece a contenidos históricos, a otros diálogos con la tradición oriental que se celebran en sus versos. Sobresale la presencia egipcia y árabe, el reconocimiento de esas latitudes como portadores de saberes oscuros. De hecho, *La epopeya de Gilgamesh* es uno de los grandes libros que el autor reconoce, cita, revisa, no puede ser de otra manera. Con todo, la voz productora de esta poesía a su vez traslada detrás suyo a toda la tradición poética occidental, pasando por *Tierra Baldía* de Eliot, *Tabaquería* de Fernando Pessoa, *La prosa del Transiberiano* de Blaise Cendrars y el *Canto a mi mismo* de Walt Whitman. Lo anterior sin contar, por supuesto, la amplia herencia sudamericana de Ibarгойen, desde los *Heraldos Negros* de César Vallejo, las *Residencias* de Pablo Neruda y *Altázor* de Huidobro. *El tango negro* es una muestra de cómo se



compone el impulso verbal que encarna el libro desde las orillas de esas lecturas, desde los viajes de Saúl que no ha parado desde siempre. América Latina lo encanta.

Es en este continente y en este tiempo desmedido —ha señalando antes aquí Francesca Gargallo— que la poesía no tiene forma de ser equilibrada, sino convertirse en una desmesurada, en tanto libre, erótica de la verdad.<sup>2</sup> Una verdad que asume el absurdo, como Ibarгойen comenta: “Yo, por ejemplo, digo que ahora hay un gran cambalache en Uruguay y México. Es cambalache cuando se habla de la clase política porque eso no existe, lo que existe son clases sociales. Que de repente aparezca un cantante popular con un gran tenor, cantando juntos, eso es cambalache. Que una ex-primer dama hable de la poeta Rabina Tagore, cuando estás hablando del poeta Rabindranath Tagore, eso es cambalache. Basta escuchar los comentaristas de fútbol hablando de la filosofía de un director técnico, bueno, entonces ¿qué pasa con Hegel? Cambalache...”

<sup>2</sup> “Saúl Ibarгойen, poeta de una tímida y desmedida erótica de la verdad”, Francesca Gargallo, *la calle es de quien la camina, las fronteras son asesinas*, <http://francescagargallo.wordpress.com/ensayos/ensayos-letras/saul-ibargoyen-poeta/>, consultado el 8 de abril de 2014.



## Aquella música de los poemas de Ibagoyen también obedece a contenidos históricos

Lo interesante es que el poeta se adscribe a esas transformaciones, pero las resemantiza, combate el absurdo de las significaciones actuales, de los sin sentidos de la posmodernidad, de su fragmentación utilitarista, con la fragmentación poética. En *Tango negro* hay preguntas así:

*¿Dónde están aquellas guitarras  
de hispánico encordado y arcaicas maderas?  
¿O cincuenta años no son nada  
O solamente rasguídos de cuerdas de tripa  
O de nervio fulgente o de enroscado metal  
O ligeras presencias de zorzales de pecho amarillo  
O figuración de cardenales de testa enrojecida?  
¿Por qué los pájaros cuando hablamos de guitarras?  
¿Por qué esos personajes de pétalos plumosos y  
cambiantes  
En medio de la terrícola verba de este tango negro?  
¿Por qué eso todo se involucra  
Con la totalidad de lo total*

Las respuestas no son dadas en la superficie del texto, se deben buscar al interior de los símbolos que el yo del poema convoca, se deben escuchar desde y por la musicalidad de las enumeraciones como letanías porque el autor en su trabajo está constantemente aludiendo a lo sagrado que es profano y, naturalmente, a la profanidad de una sacralidad impuesta por una cultura, por un “documento de barbarie”, como diría Walter Benjamin. He ahí una de las tesis fundadoras de esa poética: la soledad de la muerte, la deshumanización de la misma, la desprotección de los seres vivos, cualquiera que estos sean, la tortura a que son obligados, los exilios a los que los condena su disenso, su abierta y justificada necesidad de expresión, de denuncia y condena porque la muerte es un débito total y sólo queda bailar en el más puro de los

sentidos heideggerianos: cantar y/o danzar con cadenas en tiempos de hambre, resistirse, en la más sensata de las direcciones deluzianas, optando por un horizonte artístico.

Y ese horizonte a veces suena como un gorrión en la neblina, pero un gorrión al fin y al cabo, un pariente del cisne de Rubén Darío con el cuello al que torcieron. Saúl Ibagoyen se reconoce en dichas tesis y en los más de 50 años que lleva produciendo literatura de forma delirante y asombrosamente prolífica: ha escrito 40 libros de poemas, tres novelas, cuatro recuentos de relatos, una obra teatral, diversas antologías, la impresionante reflexión ético-política-sicoanalista y literaria de *Sangre en el Sur*, etcétera. De tal modo que es un autor que merecidamente recibe homenajes, sobre todo de los cientos de alumnos que formó en la inteligencia de su libertad creadora, de su rechazo al neofascismo que se traviste de censura, de oficialidad que lee a los poetas apartándolos de su obra y acercándolos a sus méritos dudosos. Saúl Ibagoyen es reconocido, pero hace falta, y estos renglones han aspirado a ser una tentativa, admitir por lo alto, esto es, con el rasero de la crítica más connotada de nuestro panorama, una obra cuya monumentalidad debe estudiarse todavía más de lo que ya se deconstruye, una obra que debe escarbarse a profundidad, y volitivamente, para encontrar en su entraña los tesoros de los que provee: no son joyas ensangrentadas, no son monedas de cambio capitalistas. ■

**Alma Karla Sandoval Arizabalo** (Jojutla, 1975). Escritora mexicana, poeta, narradora, periodista y profesora. Doctora en Literatura por el CIDHEM, actualmente es Profesora del Instituto Tecnológico de Monterrey, Campus Cuernavaca, así como Directora del Café Literario y el Taller de Creación Literaria de dicha institución. Entre sus más recientes obras, cabe destacar: *Cementerio de pequeñas cosas* (2011); *La dueña de la isla* (2012); *Tratado de bengalas* (2013); *Náutica del fuego, antología* (2014); y *Todos los mares llevan a Virginia* (2014). En 2013 obtuvo el Premio Nacional de Poesía Ignacio Manuel Altamirano.